

EL ARREPENTIMIENTO.

AL presentarme ante vosotros para hablar sobre una doctrina que el mismo Cristo y sus Apóstoles han recomendado tan frecuentemente en las Escrituras como necesaria para dar el primer paso en nuestra salvación, me considero insuficiente para desarrollarla tan bien como algunos de los que me escuchan pudieran hacerlo. Sin embargo, procuraré por cuantos medios estén á mi alcance, y tomando como base de todas mis observaciones la palabra de Dios, expresaré mis humildes conceptos sobre el asunto contando siempre con la indulgencia de mis respetables hermanos.

NATURALEZA DEL ARREPENTIMIENTO.

En primer lugar definamos lo que es el Arrepentimiento.

El arrepentimiento es una obra del Espíritu Santo, por cuya virtud el pecador, lleno de dolor por haber ofendido á Dios, pero persuadido de la misericordia de este mismo Dios, por amor de Jesu-Cristo, aborrece y abandona el pecado y desea reconciliarse con él y obedecerle siempre.

Encontramos desde luego una notable diferencia respecto de esta doctrina entre las enseñanzas de la Biblia y la práctica de la Iglesia romana. En esta el sacerdote manda que el penitente se confiese con él y después que haga la penitencia que le ordene.

Muchas veces hombres y mujeres obedeciendo estos mandatos han tenido que herir sus cuerpos con una disciplina; otros han tenido que caminar de rodillas todo el atrio, otras hasta el interior del templo. En estas prácticas ridículas hacen consistir el arrepentimiento. Los que estas cosas hacen son considerados como miembros fieles de la Iglesia, como buenos católicos aunque no piensen en el estado de su corazón, ni sientan contrición de espíritu por haber ofendido á su Creador. A los que así aman las exterioridades, pueden aplicarse las palabras de Cristo: «Porque sois semejantes á sepulcros blanqueados que por fuera parecen hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.» Mateo xxiii, 27.

No es esta la clase de arrepentimiento que Dios quiere de sus hijos y que la Biblia claramente enseña. Dios es un Dios de amor, de bondad y de misericordia infinitas y solo el clero romanista ha podido concebir que tales obras de penitencia puedan agradar á Dios cuando Él terminantemente las desprecia y reprueba en su Santa Palabra. Para comprobar lo que llevamos dicho y para enseñanza nuestra citaremos algunos pasajes de la Palabra de Dios.

El Apóstol Pablo nos dice: «Porque la pesadumbre que es según Dios obra arrepentimiento para la salud, de la cual nadie se arrepiente; mas la pesadumbre del mundo obra la muerte.» Y San Mateo haciendo referencia al arrepentimiento de Pedro por haber negado á su maestro, dice: «Y saliéndose fuera lloró amargamente.» Mat. xxvi, 75.

El Salmista David también dice: «Porque no quieres sacrificio, que si no yo lo daría. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado, el corazón contrito y molido ¡oh! Dios no menosprecias.» Sal. li, 16. Así, pues, la Biblia enseña al hombre que al presentarse á Dios, debe hacerlo con toda humildad, con arrepentimiento sincero de sus trasgresiones, pidiendo el perdón de todas ellas y no vanagloriándose como el Fariseo de la parábola de sus propias obras y decir que no es como los demás hombres.

LA NECESIDAD DEL ARREPENTIMIENTO.

Que el Arrepentimiento es necesario é indispensable para la salvación de las almas es una de las verdades que forman la base del Cristianismo. Todos sin excepción hemos pecado y somos culpables ante Dios. En nuestro actual estado pecaminoso somos indignos de presentarnos delante de Él.

Las Escrituras nos dicen terminantemente que ninguna cosa sucia puede heredar el reino de Dios. De donde se infiere que todo pecador, que toda alma manchada, por el pecado, no podrá entrar al reino de los cielos si antes no atiende á los llamamientos de Dios, se arrepiente y consigue que sus pecados sean perdonados.

Si el hombre desea la felicidad, la salvación de su alma, necesariamente tiene que arrepentirse, porque sin arrepentimiento no hay remisión de pecados.

Muchas personas hay que ven con indiferencia esta doctrina y que jamás reflexionan sobre su naturaleza corrompida, de aquí que desconozcan la importancia, la necesidad de esta transformación en el hombre.

La palabra de Dios corrobora lo que llevamos dicho. El Precursor del Mesías predicaba diciendo: «Arrepentíos que el reino de los cielos se acerca.» Mateo iii, 2. El mismo Cristo decía «Si no os arrepintiéreis todos pereceréis igualmente.» Lucas xiii, 3. Arrepentíos y convertíos» fueron las palabras de Pedro á los que habian crucificado á nuestro Señor. Arrepientete, pues, de esta tu maldad, y ruega á Dios, si quizás te será perdonado este pensamiento de tu corazón. Actos ii, 38 y viii, 22 y en el libro de la Revelación iii, 3, 19 leemos: «Acuérdate, pues, de lo que has recibido, y oído y guárdalo y arrepientete. Que si no velares, vendré á ti como ladrón y no sabrás á qué hora vendré á ti. Yo reprendo y castigo á todos los que amo; sé pues celoso y arrepientete.»

Toda la Biblia está llena de esta doctrina. Los israelitas por su arrepentimiento y por su fe conseguían que Dios suspendiera el castigo que merecían por sus rebeliones. Todas las personas que se han salvado han tenido primero que arrepentirse y creer en Cristo.

Debemos tener presente que Dios ha manifestado su amor á la humanidad enviando á su Hijo al mundo para traer á los hombres al arrepentimiento y salvarlos de la condenación eterna. Cristo dice: «Andad, antes, aprended qué cosa es: Misericordia quiero y no sacrificio: Porque no he venido á llamar á los justos sino á los pecadores al arrepentimiento» Mat. ix, 13. Si nos consideramos pecadores, Cristo nos está llamando al arrepentimiento, pues fué una de las principales causas de su venida al mundo. Si nos tenemos por justos nada tiene que decirnos, porque su objeto principal fué el de salvar á los pecadores.

FRUTOS DEL ARREPENTIMIENTO.

Todo arrepentimiento será inútil si no va acompañado de buenas obras. El mismo Cristo dice: «por sus frutos los conoceréis» El Bautista decía: «Haced pues frutos dignos de arrepentimiento.» El conocimiento de esta doctrina solamente en teoría nada nos aprovecha. Los hechos son el distintivo principal del arrepentimiento.

Cuando los judíos heridos por las palabras de Jesús huyeron de su presencia y no insistieron más en que se le apedreara á la mujer pecadora. Cristo le dice «ni yo te condeno, vete y no peques más.» No le mandó simplemente que se arrepintiese, sino le llamó la atención á la cosa principal que habla de hacer: abandonar su pecado. El hijo pródigo no se conformó con reconocerse pecador ni se limitó á formar aquellas buenas resoluciones y á tener aquellos buenos deseos de volver á la casa de su padre, sino que los puso en práctica levantándose de la postración en que se encontraba y vino directamente á su padre y le hizo una confesión humilde y franca. De la misma manera el pecador tiene que odiar el pecado, abandonarlo, rechazarlo y procurar hacer lo bueno.

Mientras que nuestro arrepentimiento no vaya acompañado de una vida cristiana, cuyos frutos sean la caridad fraternal, el amor á Dios manifes-

tado por cumplir sus mandamientos y el amor á todos, sin excepción, no podemos decir que nos hemos salvado ni que somos cristianos.

El pertenecer á una Iglesia, oír predicar el Evangelio, participar de los sacramentos son privilegios muy grandes por cierto para los hombres, más si no se han arrepentido son réprobos delante de Dios, quien les dirá en aquel día «no os conozco, apartaos de mi obradores de maldad.»

LUCAS G. ALONSO.

SIEMPRE ELLOS.

BAJO este epigrafe *La Patria*, refiriéndose á los constantes atentados de los romanistas contra la vida de los protestantes en México, dice:

«Sensible es que cuando el orden se ha establecido en todo el territorio de la República y cuando las instituciones que nos rigen comienzan á hacer sentir su provechosa influencia en todos los círculos sociales, tengamos que lamentar acontecimientos, que revelan el odio implacable que profesa el clericalismo al partido nacional, es decir, á la gran mayoría del pueblo mexicano, que acata en todo y por todo la Carta magna de 57 y sus adiciones.

Tolerante ha sido el gobierno con los hombres funestos que nos trajeron la intervención francesa y que tanta sangre han hecho derramar, por sostener doctrinas y principios políticos que no son de la época.

Y en cambio de esa tolerancia, en cambio de la benignidad con que se les ha tratado y de las garantías que se les otorgan conspiran á mansalva, en la sombra, en la soledad del claustro y en el misterio del confesonario, por destruir el orden de cosas existente, para volver de nuevo á la lucha y sumergir al pueblo en las tinieblas de la ignorancia, haciendo del hombre libre un esclavo de su deleznable poder y un instrumento de sus criminales venganzas.

El partido conservador cree que puede levantarse aun; cree que es fácil, como en otros tiempos de fuenesta memoria, hacerse árbitro soberano del país y que está llamado, según dice su jefe, el príncipe Don Agustín de Iturbide, hoy detenido en la prisión de Santiago, por la imprudente carta que publicó en el *Tiempo*, á ser el partido del porvenir; cree así mismo que es posible la revolución, el desquiciamiento social, porque cuenta con sus buenos deseos y con el dinero que le proporcionan los ignorantes y las beatas; y cree, por último, que sobre el cerro de las campanas puede erigirse otro trono; pero desgraciadamente sus ilusiones se disiparán como el humo, porque en la conciencia pública está arraigado firmemente el amor á la libertad y á la República.»

El Monitor Republicano dice respecto del mismo asunto: «Creemos que la frecuencia con que se repiten esos motines de fanáticos que perturban el orden público, debió haber llamado ya la atención del Arzobispo Labastida para que recomendara á todos los curas de la República, que procuraran hacer valer su influencia desde el púlpito y el confesonario á fin de lograr la supresión de esos escándalos religiosos que desprestigian á la secta católica y que podrían obligar al Gobierno á que tomara enérgicas y violentas medidas para reprimirlos.

La actitud reservada del Jefe de la Iglesia Mexicana á ese respecto, arroja responsabilidades sobre él, porque no pone de su parte medios algunos para evitarlos.

No parece sino que aquel prelado ve con indiferencia que se trastorna el orden público.»

La actitud pasiva que el Sr. Labastida, lo mismo que la de todos los obispos y sacerdotes romanistas, en México, han guardado respecto de los motines religiosos que constantemente promueven los católicos contra los protestantes, es bien conocida. Sesenta y cinco protestantes han sido asesinados por los romanistas en los muchos motines que la Iglesia Romana ha levantado contra el Evangelio en México, y á pesar de todo esto, ni el Arzobispo Labastida, ni ningún Obispo ó Curia Romanista, ni los periódicos de aquella secta han dicho una sola palabra para hacer que los romanistas desistan de sus sangrientos ataques contra sus hermanos. Según nuestro modo de juzgar, el clero tiene toda la culpa y toda la responsabilidad, en estos casos. El pueblo Mexicano nada haría si no fuera instigado y usado por sus guías espirituales.

«El clero, hé aquí al enemigo.»